

Adolfo Bioy Casares: Memorias

MARIO PARAJÓN

Cuando se piensa en Bioy se recuerda a Borges, a los hermanos Ocampo, a la literatura fantástica y a los escenarios refinados donde la vida parece una maravilla y hasta resulta que lo es: un camarote de lujo en el trasatlántico que surca el océano con lentitud de cóndor, la escalera de un teatro en Venecia —doble y de mármol—; el balneario en una región hermosa y desconocida para el turista como es la Saboya. Bioy ha jugado al tenis —tengo entendido que día por día—; ha recorrido sus propiedades, ha charlado interminablemente sobre literatura; ha permitido y probablemente ha disfrutado que se le hiciera fama de frívolo para presentar siempre rostro alegre. Por pudor, por elegancia, quién sabe si por pasar de la mejor manera posible los ratos

de una vida que según él ha sido feliz.

Estas *Memorias* (Colección Andanzas. Tusquets Editores) nos invitan a pensar en el conjunto de su obra y en el sitio que ocupan en la literatura hispanoamericana.

Apresurémonos a colocar entre signos de admiración, alabanzas, loores o cualquier otra marca en la ruta del entusiasmo, su desenfado narrativo, su alegría de

escritor que da con el secreto del cuento bien hecho y sobre todo la ausencia radical de ahuecamiento en el tono de voz, igual cuando se instala en la clave más ligera que cuando lo hace en la exploración de lo siniestro. Bioy cultiva la llaneza, el estilo transparente y la sintaxis sin armazones regresivas. No descuida la prosa, pero no pretende hacer con ella pieza exquisita que llame la atención con respecto al contenido de lo que dice.

Envueltas por tal pudor, circulan estas *Memorias*, así como sus novelas, sus historias de amor y sus *Historias Fantásticas*. Las historias de Amor cuentan romances desdichados, no catastróficos, no patéticos a la manera tradicional argentina, pero sí amablemente amargos, calidad en la que consiste lo original de Bioy. Yo no sé si empieza por la trama, por el personaje, o por el escenario; me sospecho que muchas veces eligiendo este último. Suponiendo que no lo haga, no se puede negar que le sobra talento para lograr que cada secuencia del relato se nos aparezca tocada por ese espacio donde tiene lugar. Puede ocurrir que ni siquiera sepamos el nombre del protagonista, como en *Máscaras Venecianas*, donde un periodista enamorado de una tal Daniela se enferma de los ganglios y teme que la enfermedad sea incurable. Piensa romper con Daniela adelantándose a los acontecimientos, pues ella será la que rompa (se dice él en sus cavilaciones) o la que se canse cuando lo vea siempre



arrastrando su dolencia. Evidente que hay una moraleja: este hombre procura la ruptura con su amante por exceso de soberbia. Y no bien lo hace se siente desdichado. Las *Memorias* de Bioy pueden leerse al hilo de su combate con este amor propio, origen según él de esta infelicidad y de otras por el estilo. Cuando se avanza en la lectura del libro, se piensa que la clase culta argentina ha dejado atrás el ideal burgués de comodidad, pero no para sustituirlo por otro de sordidez o de retorcimiento. Es interesante que ni en lo que cuenta ni en la manera de contarlo se trasluzca la complacencia. Bioy

Adolfo Bioy Casares

cuenta su vida sin mostrarse demasiado confidencial, aunque dejando caer algunas confidencias; no oculta su condición de rico heredero ni su conocimiento de balnearios europeos, literaturas de todas partes y mujeres hermosas. No habla de religión ni de política, no se pinta un au-toretrato noble ni vil, no insinúa que ha sido víctima de grandes padecimientos, pero el lector sabe que Bioy le tiende la mano en ademán muy cordial y por eso prolonga su trato con el texto, pesados del momento en que llegue la última página.

Una cosa hemos también de agradecerle: que sea tan abiertamente hombre de humor y le aterre la solemnidad propia del literato de su continente. Sabe "reírse de lo que más ama" y parece complacerse despertando la irritación de los no acostumbrados a esos juegos en que no falta la elegancia, como tampoco una sutil frivolidad destinada a encubrir lo que forzosamente permanece en su fuero interno, por respeto a la propia intimidad.

Y así es: las *Memorias* de Bioy, como su obra espléndida de narrador fantástico, son egregias construcciones consagradas a la Nada, dignas de recorrido, estudio y admiración, pues tamaño enfrentamiento parece rematar en un acto de creación literaria en estado puro, sin por qué ni para qué, obra de un movimiento de amor que se disuelve en el vacío feliz de una multitud de imágenes que han tomado cuerpo de arte. Nada más que eso, pero tampoco nada menos.